

La Regenta

En *La Regenta*, Leopoldo Alas «Clarín» lleva a cabo una crítica de la hipocresía, la ignorancia y el clericalismo de la sociedad de la Restauración. Para ello se sirve de una estructura circular —la novela empieza y acaba con los mismos personajes y en el mismo lugar—, dividida en dos partes de ritmo muy distinto: quince capítulos para los tres días que abarca la primera parte y otros quince para los tres años de la segunda. El autor emplea además procedimientos que serán propios de las novelas del siglo XX, como el **análisis psicológico de los personajes mediante el monólogo interior**.

Don Fermín de Pas

La obra comienza con la descripción de Vetusta desde la torre de la catedral, donde se encuentra don Fermín de Pas, el Magistral (canónigo de una catedral que se encarga de la predicación). El sacerdote descubre su visión de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escuchado los ríncones de las conciencias y los ríncones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. [...] Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría por devorar él solo. ¡Qué! ¿Tambien?

bién aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar.

Ana Ozores

En la alta sociedad vetustense destaca la figura de Ana Ozores, a la que llaman la Regenta por estar casada con el antiguo Regente de la Audiencia, don Víctor Quintanar, que es mucho mayor que ella. Su infancia desgraciada y el vacío de su existencia provocan en ella dolencias nerviosas y problemas de conciencia, por lo que recibe el consejo de cambiar de confesor. Cuando está preparando su confesión con don Fermín de Pas, evoca algunos recuerdos de su niñez.

«Confesión general! —estaba pensando—. Eso es la historia de toda la vida.» Una lágrima asomó a sus ojos, que eran garzos¹, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

«Ni madre ni hijos.»

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla la había conservado desde la niñez. Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba a acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apegaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía a andar en la oscuridad y pegada a la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la

1. garzos: de color azulado.

Don Álvaro Mesía

Ana es asediada por don Álvaro Mesía, un seductor de provincias cuyo afán es delumbiar en su círculo social con esta difícil conquista. Durante la representación de *Don Juan Tenorio*, la Regenta se emociona y se identifica con la protagonista de la obra.

La proximidad casi sobrenatural del Tenorio, el espanto que sus hechizos supuestos producen en la novicia, que ya cree sentirlos, todo, todo lo que pasaba allí y lo que ella adivinaba, producía en Ana un efecto de magia poética, y le costaba trabajo contener las lágrimas que se le agolpaban a los ojos.

«¡Ay!, sí, el amor era aquello, un filtro, una atmósfera de fuego, una locura mística: huir de él era imposible; imposible gozar mayor aventura que saborearle con todos sus venenos. Ana se comparaba con la hija del Comendador; el caserón de los Ozores era su convento; su marido, la regla estrecha de hastío y frialdad en que ya había profesado ocho años hacía...

y don Juan.... ¡don Juan, aquel Mesía que también se filtraba por las paredes, aparecía por milagro y llenaba el aire con su presenciamiento!

Entre el acto tercero y el cuarto don Álvaro vino al palco de los marquezanos. [...]

A Mesía le extrañó y hasta disgustó el entusiasmo de Ana. ¡Hablar del *Don Juan Tenorio* como si se tratase de un estreno! ¡Si el *Don Juan* de Zorrilla ya sólo servía para hacer pañuelos!... No fue posible tratar cosa de provecho, y el Tenorio vetustense procuró ponerse en la cuerda de su amiga y hacerse el sentimental disimulado.

El triunfo del Magistral

El Magistral pretende dominar a la Regenta y consigue atraerla hacia el misticismo religioso para mantenerla bajo su influencia. En la procesión del Viernes Santo, Ana desfiló como penitente junto a don Fermín, que alardea de su triunfo ante la sociedad de Vetusta y ante su competidor, don Álvaro Mesía.

Al pasar delante del Casino, frente al balcón de Mesía, Ana miraba al suelo, no vio a nadie. Pero don Fermín levantó los ojos y sintió el topetazo de su mirada con la de don Álvaro; el cual reculó otra vez, como al pasar la Virgen, y de pálido pasó a livido. La mirada del Magistral fue altanera, provocativa, sarcástica en su humildad y quizura aparentes; quería decir: «¡Vae victis!» La de Mesía no reconocía la victoria; reconocía la ventaja pasajera... fue discreta, suavemente irónica, no quería decir: «¡Venciste, Galileo!», sino «hasta el fin nadie es dichoso». [...]

En cuanto a don Víctor, al pasar debajo de su balcón el Magistral y Ana, preguntó a Mesía:

—¿Están ya ahí?

—Sí, ahí van...

Y el mismo esposo estiró el cuello... y asomó la cabeza... Lo vio todo. Dio un salto atrás.

—¡Infame!, ¡es un infame!, ¡me ha fanatizado!

Sintió escalofríos. En aquel instante la charanga del batallón que iba de escolta comenzó a repetir una marcha fúnebre.

Al pobre Quintanar se le escaparon dos lágrimas. Se le figuró al oír aquella música que estaba viudo, que aquello era el entierro de su mujer.

—¡Ánimo, don Víctor —le dijo Mesía volviéndose a él, y dejando el balcón—. Ya van lejos.

—No, no quiero verla otra vez. ¡Me hace daño!

—Ánimo... Todo esto pasará...

Y apoyó Mesía una mano en el hombro del viejo.

El cual, agradecido, enternecido, se puso en pie; procuró ceñir con los brazos la espalda y el pecho del amigo, y exclamó con voz solemne y de sollozo:

—¡Lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante! Sí, mil veces, sí —añadió—, ¡búsquenle un amante, sedúzcanmela; todo antes que verla en brazos del fanatismo....!

Y estrechó, con calor, la mano que don Álvaro le ofrecía.

1. ¡Vae victis!: ¡Ay de los vencidos!



La sospecha

Ana se aleja de la influencia del Magistral y comienza a frecuentar el Vivero, la casa de campo de los marqueses de Vegallana, donde va cayendo poco a poco en brazos de Álvaro Mesía. Un día se desata una fuerte tormenta y don Fermín, que está de visita, sale a buscar a Ana seguido de don Víctor Quintanar.

—¿Adónde vamos nosotros, a ver, dígame usted si lo sabe?
—A buscar a doña Ana, que estará... poniéndose perdida...
—¡Quita perdida! ¿Cree usted que son tontos? De fijo están a techo... ¿Cree usted que han de estar papando... arañas y nada como nosotros? Además, ¿no tienen pies para volverse a casa? ¿No saben el camino? [...]
El primer impulso de don Fermín fue descargar el puño del paraguas sobre la cabeza de aquel hombre que se le antojaba idiota en aquella ocasión; pero se contuvo por multitud de consideraciones... y continuó subiendo en silencio. [...]
«Es verdad, es verdad... he estado ciego... la mujer siempre es mujer, la más pura... es mujer... y yo fui un majadero desde el primer día... Y ahora es tarde... y la perdí por completo. Y ese infame...»

Echó a correr monte arriba.
«¡Pero ese hombre está loco!», pensaba Quintanar, que le seguía jadeante, con un palmo de lengua colgando y a veinte pasos otra vez.

El Magistral procuraba orientarse, recordar por dónde había bajado pocas horas antes de la casa del leñador. Se perdía, confundía las señales, iba y venía... y don Víctor detrás, librándose de las arañas como de leones, de sus hilos como de cadenas.

«Lo mejor es subir por la máxima pendiente, ello está hacia lo más alto..., pero arriba hay meseta, vaya usted a buscar...»



Se detuvo. Como si nada hubiera dicho don Víctor, con cara amable y voz dulce y suplicante advirtió:
—Señor Quintanar, si queremos dar con ellos tenemos que separarnos; hágame usted el favor de subir por ahí, por la derecha...
Don Víctor se negó, pero el Magistral, insistiendo, y con alusiones embozadas al miedo positivo de su compañero, logró picar otra vez su amor propio y le obligó a torcer por la derecha.

Entonces, en cuanto se vio solo, De Pas subió corriendo cuanto podía, tropezando con troncos y zarzas, ramas caídas y ramas pendientes... Iba ciego; le daba el corazón, que reventaba de celos, de cólera, que iba a sorprender a don Álvaro y a la Regenta en colquio amoroso cuando menos. «¿Por qué? ¿No era lo probable que estuvieran con ellos Paco, Joaquín, Visi- ta, Obdulia y los demás que habían subido al bosque? No, no, gritaba el presentimiento. Y razonaba diciendo: don Álvaro sabe mucho de estas aventuras, ya habrá él aprovechado la ocasión, ya se habrá dado trazas para quedarse a solas con ella. Paco y Joaquín no habrán puesto obstáculos, habrán procurado lo mismo para quedarse con Obdulia y Edelmira respectivamente. Visitación los habrá ayudado. Bermúdez es un idiota... de fijo están solos. Y vuelta a correr cuanto podía, tropezando sin cesar, arrastrando con dificultad el balandrán¹ empapado que pesaba arros², la sotana desgarrada a trechos y cubierta de lodo y telarañas mojadas. También él llevaba la boca y los ojos envueltos en hilos pegajosos, tenues, entremetidos.

Llegó a lo más alto, a lo más espeso. Los truenos, todavía formidables, retumbaban ya más lejos. Se había equivocado, no estaba hacia aquel lado la cabaña. Siguió hacia la derecha, separando con dificultad las espigas de cien plantas ariscas, que le cerraban el paso. Al fin vio entre las ramas la casete rústica... Alguien se movía dentro... Corrió como un loco, sin saber lo que iba a hacer si encontraba allí lo que esperaba... dispuesto a matar si era preciso... ciego...

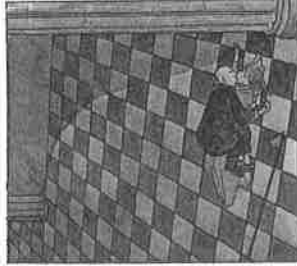
—¡Jinajo!, que me ha dado usted un susto... —gritó don Víctor, que descansaba allí dentro, sobre un banco rústico, mientras retorció con fuerza el sombrero flexible que chorreaba una catarata de agua clara.

—¡No están! —dijo el Magistral sin pensar en la sospecha que podían despertar su aspecto, su conducta, su voz trémula, todo lo que delataba a voces su pasión, sus celos, su indignación de marido ultrajado, aúsurda en él.

1. balandrán: vestidura de los eclesiásticos.
2. arros: medida de peso equivalente a 11,502 kg.

La caída de Ana Ozores

Cuando don Víctor se entera de la relación entre Ana y Álvaro, gracias a una treta ideada por el Magistral y una sirvienta, se siente en la obligación de retar en duelo al amante. Como resultado, don Víctor Quintanar muere y don Álvaro Mesía huye a Madrid. Los mismos que en Vetusta envidiaban y ensalzaban a la Regenta, ahora la acusan y desprecian. Así acaba la novela:



La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pie con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió a dar un paso hacia el confesionario.

Entonces crujió con fuerza el cajón sombrero, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vio a la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, fijos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta, que, horrorizada, retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla.

El Magistral se detuvo, cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábase todo el cuerpo; volvió a extender los brazos hacia Ana... dio otro paso adelante... y después, clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trasero, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito¹ ateminado, alto y escauído, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó a la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro a la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escauído en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró una sombra mayor que otras veces... Y entonces recobró la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció a la Regenta, desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la versión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.

1. acólito: ayudante del sacerdote.

Actividades

- 1 Describe a don Fermín de Pas y a Ana Ozores a partir de los dos primeros textos.
- 2 ¿Con qué personaje literario identifica Ana a don Álvaro Mesía? ¿Por qué?
- 3 ¿Qué dos grupos sociales se oponen durante la procesión en «El triunfo del Magistral»?
- 4 ¿Qué sentimientos muestra el Magistral hacia la Regenta en «La sospecha»? ¿Siente lo mismo Víctor Quintanar?
- 5 ¿Qué papel desempeñan los amigos de Álvaro y Ana en su relación según «La sospecha»?
- 6 ¿Qué imágenes emplea el autor en «La caída de Ana Ozores» para dotar al texto de mayor expresividad? ¿Qué impresión crees que se quiere crear en el lector?